

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados

La que se hizo amar

de Marcelo Priollet,

NADA SE BORRA

de Max Dervieux,

LA ESPOSA Y LA AMIGA

de José Baeza Valero y

EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA

de Jorge Clary,

obtuvieron un éxito enorme.

El quinto volumen, que apareció el día 31 de diciembre, se titula

LA FALTA DEL HOMBRE

novela original de René Trotet de Bargas

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, IMPRESOR

A NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

322

25 CTS.



a de
ientes blancos

POR
ROD LA ROCQUE

y
MILDRED HARRIS

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 322

EL PIRATA DE LOS DIENTES BLANCOS

Novelita de aventuras, interpretada por

Mildred Harris y Rod La Rocque



Selecciones Pro-Dis-Co

(Producers Distributing Corporation)

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
CLIVE BROOK



El pirata de los dientes blancos

Argumento de la película

A los devotos de la Aventura, a los admiradores de las novelescas hazañas marítimas de otros tiempos, está dedicado este cuento del terrible pirata "de los dientes blancos".

Séanos permitido retroceder al año 1725, cuando el dominio del mar era para los más audaces y en la inmensidad de los océanos sólo imperaba la ley del más fuerte y la voluntad de los más valerosos.

El navío pirata "Jasper", terror de los mares, estaba cargado de oro y piedras preciosas. Pero la joya más ambicionada de a bordo era una linda joven, botín maravilloso de un asalto de la víspera, y la cual se disputaban el capitán y el bravo piloto Rolando Clegget, llamado por su sonrisa eterna "El Pirata de los Dientes Blancos".

Prescindiendo de los deseos de ambos jefes, los corsarios todos miraban con ojos lascivos a la cautiva, y a buen seguro que, si osaran, uno a uno lucharían con sus poderosos rivales.

Pero eran tan temibles éstos...

Debían, pues, contener sus ímpetus voluptuosos, y en lugar de saciar sus insanos apetitos, se veían obligados, aquella mañana, tan pronto hubo descansado de la ruda jornada anterior, a ayudar a su jefe a acorralar a la víctima, a fin de que no se resistiera más y se entregara a sus brazos, que la anhelaban.

El capitán logró dar así alcance a la infeliz, y la iba a manchar con sus besos, cuando el piloto Clegget, viendo sus desmanes, se arrojó a cubierta desde un mastil, balanceándose en el espacio con una cuerda, y se plantó, dispuesto a todo, ante el primer comandante, que soltó *ipso facto* su presa.

—¿Qué quieres tú? — inquirió el capitán iracundo.

—Que dejes en paz a esta mujer.

—Porque la ansías para ti, ¿verdad?

—Por lo que sea.

—No tolero que nadie se meta en mis asuntos. Conque...

—Es inútil. Uno de los dos sobra aquí. De modo que...

—¡Muy gracioso!

—¡En guardia!

Clegget blandió un puñal, aprestándose a la lucha, pero el capitán, para terminar antes con él, le apuntó un revólver al pecho.

La prisionera dió un grito y, agradecida a Clegget, por su valerosa intervención en favor suyo, suplicó al capitán que no le matase.

Entonces éste, confiando en la fuerza de sus músculos, despojóse de su casaca y aceptó la forma de desafío propuesta por el piloto.

Cuando estuvo preparado, arrancó una cinta que ceñía el talle de la hermosa, y ésta, dando vueltas en redondo al tirar enérgicamente de ella el capitán, fué a detenerse en la caricia de los brazos de Clegget, que al sentir su contacto la estrechó con pasión contra sí, besándola en la boca, sin la menor protesta por parte de ella, admirada de su apostura y arrojo.

Mas, enfurecido por los celos, el capitán mordió un extremo de la cinta y ofreció el otro extremo a Clegget, quien a su vez clavó en él los dientes; y distanciados de esta suerte los dos enemigos, empezó la lucha a muerte.

Los corsarios contemplaban la pelea alentando a gritos a los combatientes, y en opinión de todos ellos el capitán resultaría vencedor.

La prisionera sufría horriblemente, temiendo por la vida de Clegget, pues el capitán, ciego de odio, llevaba cierta ventaja sobre él.

Hubo un momento en que todo parecía haber terminado para el piloto, mas éste se rehizo y el capitán pasó un mal rato.

Y el cuerpo a cuerpo se impuso. Rodaron ambos rivales por el suelo. Una vez desaparecieron tras unas lonas y se vió como un brazo se levantaba bruscamente para caer presto sobre el cuerpo que se hallaba a su merced y que serviría de funda a su puñal.

¿Quién era el vencedor?

La prisionera contuvo la respiración temblando de miedo, y no pudo reprimir un nuevo grito de horror al ver asomar lentamente tras las lonas el tricornio del capitán.

Los hombres aullaron de entusiasmo... y su asombro no conoció límite cuando vieron que debajo del tricornio sonreía el pirata "de los dientes blancos".

¿Así, pues, era él el vencedor?

Naturalmente. Lo del tricornio fué una broma que le permitió comprobar que la prisionera había llegado a amarle.

Clegget se irguió gallardamente y tiró el tricornio a los pies de la dama por la cual acababa de exponer su vida, ofreciéndosela con donosura.

Y, ante los piratas envidiosos, el piloto

gozó de las mieles del triunfo en la rosa de la boca de la prisionera.

Pero como aquéllos hicieran ademán de con-



... el amor desbordó sus corazones.

fabularse en contra del vencedor, Clegget los contuvo con un gesto de león y les dijo:

—¡ Ahora yo soy el dueño de este barco y de todo lo que contiene! ¡ A vuestros puestos!

Intimidados por su energía, los hombres le obedecieron y al quedar solos la prisionera y Clegget, el amor desbordó sus corazones.

Y, locamente enamorado de aquella mujer, el noble pirata le dijo:

—Con el cielo y el mar por testigos, bajo el sol del mediodía, yo, Rolando Clegget, el primero de los Clegget, que serán famosos en el mundo, te tomo por esposa.

Y convirtiéndose en tradición familiar el que los descendientes de aquel gran señor de los mares se casaran al cumplir los 25 años, y a bordo del barco de sus mayores, o de lo contrario perderían su fortuna...

El "Jasper" surcó todos los mares con gallardía de rey y señor; pero como nada es duradero en este mundo, en la segunda época de nuestra historia estaba ya retirado del servicio activo y se le podía admirar anclado en un rincón del puerto de la localidad donde residía el último propietario, con un anuncio que rezaba:

"Aquí se realizará una subasta de los bienes de los piratas".

Tapiado con cemento el viejo bajel corsario nunca más podría surcar el mar, teatro de sus victorias.

En la ciudad, aquel memorable día, y en la casa del último de los Clegget, que cumplía

aquella misma mañana veinticinco años, ocurría algo desagradable para él.

Era ese vástago un simpático mozo que, tras una vida de príncipe, se veía ahora acorralado por sus numerosos acreedores, que habíanse determinado a embargarle con todo el equipo.

En la fachada de la magnífica casa de los Clegget se colgó un banderín con la indicación de "Almoneda"; y a tal reclamo acudieron muchísimas personas interesadas en adquirir objetos, muebles y ropas de tan renombrada familia.

Nick Wiggins, el fiel servidor de la arruinada familia de los Clegget, después de vacilar en molestar a su señor, no pudo permanecer un momento más impasible ante el atropello que se estaba cometiendo en la casa mientras su dueño dormía tranquilamente en su lecho de plumas.

Resolvió, pues, Nick, despertarle, para que se apresurara a salvar algo de la quema.

Rolando Clegget número seis, tormentoso final de un estirpe de valientes, heredero también de la sonrisa de sus mayores, incorporóse en el lecho y preguntó a su ayuda de cámara:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me despiertas?

—¡Felicidades, señor! ¡Hoy es su cumpleaños!

—Bueno, gracias; déjame en paz.

—¡Señor, hoy es hoy!

—No falla. ¡Y mañana será mañana!

—Pero, señor, ¿no me comprende usted? ¡Despierte usted de una vez!

—¿Quieres que vuelva a darte un puntapié?

—Haga usted conmigo lo que quiera, que nada habría de decirle; pero el caso es que los acreedores están aquí para subastar hasta el último botón, y a menos de que usted se case hoy según la tradición de la familia, se quedará hasta sin camisa.

Rolando volvió a tumbarse tranquilamente en la cama, y repuso, no queriendo saber nada más:

—Nick, la camisa, en nuestra familia, es una prenda innecesaria. Nosotros hemos llevado siempre el pecho al descubierto.

No le cupo más remedio a Nick que resignarse a esperar los acontecimientos, y se llevó un susto mayúsculo al oír anunciar al subastador que el lote que iba a venderse en aquel momento era el compuesto por el dormitorio de las seis generaciones de Clegget.

¿Qué iba a ocurrir cuando la gente viese a Rolando durmiendo sin importarle un ardite cuanto ocurría a su alrededor?

El fiel ayuda de cámara quería avisar de un modo u otro a su señor, para que se escondiera a tiempo, pero Rolando no le hizo caso; y así, al penetrar el subastador y el numeroso

público — en su mayoría mujeres — en la cámara íntima, aquél empezó a ensalzar el valor del mobiliario bajo todos los puntos de vista, y una dama se interesó vivamente por la cama, cuyas ropas eran finísimas y al levantar las cuales había descubierto, con reprimido sobresalto, los pies de Rolando, haciéndola concebir ciertas esperanzas...

—¿Cuánto dan? — preguntó el subastador.

La aludida dama contestó, creyendo que con el lote se regalaba a la persona que se hallaba oculta entre las ropas del lecho:

—Doscientos dólares.

Rolando se incorporó bruscamente en aquel instante y, ante la mayor sorpresa de todos y admiración por parte de las señoras, porque el mozo era agradable, protestó:

—Ustedes no pueden vender mi cama mientras yo duerma en ella.

El subastador, repuesto de su asombro, replicó severamente:

—Levántese usted en seguida, y no nos moleste. Aquí no hay nada suyo.

—Pero...

—Es inútil que se resista, señor... Si no me obedece, llamaré a la policía, y será peor para usted.

Rolando vió que la cosa iba en serio completamente, y llamó a voz en grito a su ayuda de cámara:

—¡Nick! ¡Nick! ¡Nick!

Este surgió de detrás de la cama — donde estuvo escondido —, y se puso incondicionalmente a sus órdenes para sacarle de aquel apuro.

—Yo creí que esos usureros no vendrían hasta mañana...

—Es que hoy es ya mañana, señor.

—¡Echalos de aquí! ¿Cómo voy a vestirme delante de toda esa gente?

Las señoras hicieron una mueca de desagrado... Por ellas, podía vestirse en su presencia... No querían de ningún modo ser objeto de molestia para él...

Nick, siempre dispuesto a acatar las órdenes de su señor, no titubeó en encararse con el subastador y decirle:

—Como no se vaya usted de aquí, verá usted...

El judío respondió, frotándose las manos.

—Si yo veo alguna cosa más, la vendo en seguida.

¡Caramba! Era necesario, pues, no enseñar nada...

Y, pasando las de Caín, Rolando se arregló el camisón de dormir en el lecho, bajo las sábanas, y al ir a saltar a tierra, para cubrirse con un albornoz, Nick indicó a las señoras, que apartaran la vista, para no ruborizarse...

Las damas obedecieron prestamente, muy

pudorosas, pero echaron mano de sus espejos para ver de espaldas, fingiendo empolvarse y mirarse al espejo, lo que no podían presenciar de frente...

A poco Rolando, con el albornoz, desfilaba ante ellas hacia el cuarto de baño, acompañándole hasta la misma puerta las más expresivas miradas. ¡Qué tipo más interesante!

En el cuarto de baño Rolando sufrió amarguras sin cuento. Cuando iba a bañarse, unos empleados se llevaron la bañera, pues ya estaba vendida.

Trató de afeitarse y le quitaron todos los objetos que había encima del tocador, incluso un espejo de pared. Es decir, le dejaron sin nada. Por último, se le llevaron un pyjama que Nick le tenía preparado, sin que sus protestas le valieran.

A ese paso, lo iban a dejar en cueros.

¿Qué dirían entonces las señoras?

¿Volverían a hacer uso de los espejos?

Como son tan curiosas...

*
**

Entretanto, en una casa vecina un rico solterón acababa de pasar a mejor vida... aunque siempre se la dió buena.

La enfermera que asistió al enfermo hasta sus últimos momentos leía el testamento del finado, del cual logró apoderarse, y que decía así:

Yo, Cornelio Kavier Claisbouner, dejo toda mi fortuna a mi sobrina Agata Claisbourne, excepto treinta y cinco céntimos de dólar que deberán entregarse a mi aborrecido hermanastro Glicerio Maltravers.

En otra habitación, Agata Claisbourne, a quien por un papelito escrito momentos antes de morir había convertido Cornelio Kavier en millonaria, se bañaba tranquilamente, ajena al premio que acababa de tocarle en la lotería de la vida.

La enfermera estaba de acuerdo con Glicerio Maltravers, el hermanastro desheredado, para entregarle, caso de lograr encontrarlo, el testamento que le quitaba el derecho a heredar la fortuna de su hermanastro; y estaba colocada en una ventana que daba al jardín en la expectativa de su llegada.

Glicerio no tardó en aparecer, y después de mandar unos besitos con la punta de los dedos a la enfermera, le hizo seña de que le arroja-se el anhelado documento cuya desaparición le convertiría en millonario, es decir, que los convertiría en tales a los dos, pues el viejo verde

de Glicerio había dado palabra de casamiento a su cómplice.

La enfermera soltó el papel sobre Glicerino, pero un golpe de aire lo desvió y fué a parar al cuarto de baño de Agata y en la espalda de ella, que se llevó un susto mayúsculo.

—¿Quién me ha tocado? — se preguntó Agata, volviéndose rápidamente.

No vió a nadie, y al tocarse la espalda tropezó con el documento, que había quedado adherido completamente a ella.

—¿Qué es esto? — pensó.

Leyó el testamento y se sorprendió sobremanera. ¡Qué bueno había sido con ella, hasta el umbral de la muerte, su tío!

En aquel momento se presentó Glicerio en el marco de la ventana, hasta donde había llegado por medio de una escalera de mano del jardín.

—¡Oh! — gritó ella, cubriéndose con una bata lo más posible.

—¡Dame ese papel! — dijo Glicerio.

—¡Este documento es mío! — respondió Agata.

Pero extendió su brazo hacia Glicerio, y éste aprovechó el que estuviera a su alcance para apoderarse de él.

—¡Ya es mío! — gritó el hermanastro del muerto, con júbilo.

—¡Devuélvame! —

—¡Narices! Mira lo que hago yo con él.

—¡No lo rompa!

—¡Demasiado tarde! Este testamento ya no existe, porque no había otra copia.



Pero extendió su brazo hacia Glicerio...

—¡Me vengaré!

Agata volvióse para apoderarse de algún objeto y arrojárselo a la cabeza de Glicerio, y

éste se dió cuenta, con estupefacción, de que en la blanquísima espalda de la heredera oficial estaba reflejado el testamento, el cual, sin duda, había sido escrito con tinta de copiar.

—¡Ah! ¡Ven aquí!

—¡Váyase! ¡Váyase!

—¡No! ¡Necesito tu espalda! ¡Dámela! El testamento se ha copiado en ella.

—¡Socorro! — clamó Agata, huyendo hacia otras habitaciones.

—Yo lavaré esa copia aunque tenga para ello que arrancarte la piel.

Y empezó una enconada persecución.

.....
Deslicémonos de nuevo al magnífico cuarto de baño de los Clegget.

Eso de magnífico se refiere únicamente al decorado, pues todo lo demás ha desaparecido ya.

No había bañera, pero Rolando se baña, y Nick le ayuda. El nieto de corsarios ha recurrido a una palangana y una esponja.

Nick le frota la espalda con la esponja empapada, y así reacciona Rolando, no echando de menos tanto la tina.

Como medida de precaución, Rolando se había ocultado tras un artístico biombo, que el subastador había respetado, por olvido seguramente.

En efecto, se trataba de olvido, y éste iba a ser subsanado en seguida, pues de pronto se

abrió la puerta del cuarto de baño y aparecieron el subastador y el público.

El subastador se detuvo a poco pasos del biombo y dijo:

—Detrás de ese precioso mueble hay un objeto muy interesante.

¡Caracoles! ¿A qué objeto se refería el subastador?

Una dama, fea por demás señas, vió a Rolando, a pesar del cuidado que tuvo éste en ocultarse de la vista de todos, y se interesó vivamente por la adquisición del biombo y del objeto...

Su interés fué tan grande, que le fué adjudicado el lote.

Rolando no sabía cómo desaparecer. Iba casi desnudo, pues sólo llevaba una toalla atada alrededor de la parte más carnosa de su persona, y pidió con angustia a Nick:

—Dame unos pantalones.

—No le puedo dar nada, señor, porque todo ha desaparecido, hasta el albornoz. ¡Son unos gorrinos!

¿Qué hacer?

No tuvo tiempo de pensarlo mucho, porque de súbito dos manos se apoderaron del biombo y lo llevaron a otra pieza. Rolando, detrás del mismo, echó a andar creyendo que nadie le vería, pero unos gritos de asombro le indicaron lo contrario y huyó como alma en pena

cruzando todas las habitaciones de la casa, perdiéndole de vista las "compradoras". ¡Qué lástima!

**

Con el testamento estampado en su espalda y perseguida por el lobo Maltravers, Agata se refugió en casa de nuestro héroe.

La casualidad llevó a Agata a la habitación en que se hallaba Rolando indeciso, y éste quedó tan agradablemente sorprendido como aterrada ella al verle tan ligero de ropa.

—¡Oh! — exclamó Rolando haciendo ademán de apresarla entre sus brazos.

Nick le gritó a su señor, escandalizado:

—Los caballeros no deben recibir sin pantalones a las señoras.

Despavorida, Agata reemprendió la interrumpida carrera, y dijo Rolando a Nick, que le sujetaba, asiéndole por una pierna, lo que él suponía impulsos lúbricos:

—¡Magnífico! Esta es la mujer con quien he de casarme hoy mismo! Nick, no la dejes salir de casa.

El ayuda de cámara se dispuso a obedecer y siguió a Agata, a quien suplicó no se asustara, pues él la trataría bien.

Pero Agata no se fiaba de ningún hombre y aprovechando un descuido de Nick se encerró

en un armario que estaba como único mueble en la pieza donde fué a parar en su carrera.

Nick, al advertir la desaparición de Agata, iba a registrar presuroso toda la casa, pues él era fiel cumplidor de su deber; mas una punta del vestido de la rica heredera, que asomaba por la puerta del armario, le devolvió la tranquilidad.

Y, a fin de que Agata no huyese de veras, se acercó Nick con sigilo al armario y dió vuelta a la llave suavemente.

Un personaje desconocido para él — Glicerio — descubrió aquella operación y se plantó de un salto junto al armario, escondiéndose antes — en el faldón del chaqué — la esponja que llevaba en una mano para lavarle la espalda a Agata, haciendo lo propio Nick con la que él también llevaba en una mano, conservándola aún de cuando le frotaba la espalda a Rolando.

Nick sospechó de aquel intruso, y le impidió acercarse más al armario, librándose ambos a un juego que consistía en engañar el desconocido al ayuda de cámara, para abrir el armario.

Mientras, Rolando iba de habitación en habitación buscando ropa suya, unos pantalones al menos, sin encontrar nada absolutamente.

De pronto abrió la puerta de su dormitorio y vió al subastador poniendo en venta un ves-

tido que perteneció a uno de sus parientes piratas.

Dicho vestido lo llevaba puesto — muy mal



— ¡Suelte usted en seguida ese traje!

puesto, por cierto — un empleado, para que pudiera ser admirado mejor.

— Este traje perteneció a un valiente, el primer Rolando Clegget — decía el subastador —. ¿Cuánto dan por él?

Nadie decía esta boca es mía.

— Tengan en cuenta que es un traje histórico; perteneció a un pirata famoso, azote de los mares... — continuó pregonando el subastador.

Alguien dijo entonces:

— Doy un dólar y cincuenta céntimos...

Y otro curioso, no sabiendo dónde desnicotinar su tubo limpia-boquilla, lo desengrasó en el faldón del vestido histórico...

A la vista de esa grave ofensa inferida a sus antepasados, Rolando, crispando los puños y rechinando los dientes, sus bellos dientes blancos, gritó, furioso, haciendo irrupción en la habitación, al subastador:

— ¡Suelte usted en seguida ese traje! ¡Yo soy un Clegget!

Su actitud era tan feroz, que nadie se atrevió a llevarle la contraria, y al quedar solo, Rolando se vistió las prendas de su abuelo el temible pirata.

En aquellos momentos Glicerio y Nick se daban cuenta de la desaparición del armario conteniendo a Agata, y como vieron a ésta salir del mueble al tumbarlo en otra pieza unos empleados, cediendo la puerta por efecto del golpe recibido, se lanzaron en su persecución; y ni que decir tiene que la joven heredera puso pies en polvorosa.

A pesar de los esfuerzos que hizo por po-

nerse fuera del alcance de sus perseguidores, Agata iba a caer en poder de Glicerio, cuando apareció, vestido de pirata, Rolando.

—¿Qué ocurre? — inquirió, cerrando el paso a la hermosa joven.

Agata vió en él su salvador y le suplicó su protección. Ya no le tenía horror, porque iba vestido...

—¡No permita usted que me lave la espalda! — exclamó la gentil doncella.

—¡Eso nunca! — replicó, encantado de serle útil, Rolando.

Pero Glicerio se atrevió a protestar y cara le costó su osadía, pues Rolando lo agarró por el cuello y lo levantó como un muñeco, no dejándole en tierra más que para que Agata dictase el castigo que se le debía imponer.

—Póngalo usted en remojo — dijo ella.

—Nick, ¡remójalo! — ordenó Rolando a su ayuda de cámara.

Nick obedeció, pero al encontrarse Glicerio y él solos en otra habitación, recibió un formidable puñetazo del desconocido, que tenía un modo muy especial de darse a conocer.

Para repeler eficazmente la agresión, Nick se armó de un candelabro y lo abolló sobre la cabeza de Glicerio, cuyo sombrero de copa quedó como un acordeón.

Asustado de su crimen, pero recordando que obraba por cuenta de Rolando, Nick, fué al

cuarto de licores, se bebió media botella de *whisky* y, con nuevos ánimos gracias al alcohol,



... no se resistió a ello, para que Rolando leyese el testamento...

volvió a rematar a Glicerio, pues le pareció que se movía.

Le torció otro candelabro en la cabeza y luego se dispuso a encerrarlo en una caja que

allí había y que tenía la longitud ya que no exactamente la forma de un ataúd.

En tanto, Rolando consolaba a Agata, y le gustaba tanto, que le dijo:



—¿Quiere usted casarse conmigo?

—¿Quiere usted llorar un poquito más? Es un divino placer enjugar las lágrimas de unos ojos tan lindos.

Los dos iban enamorándose uno de otro, y Agata se confió a Rolando presintiendo que él era el ideal soñado.

—Sí... Ese hombre, que ha sido desheredado por mi tío, trata, después de haber roto el original, de borrar el testamento que ha quedado estampado en mi espalda, para disputarme la herencia.

—¿Quiere usted enseñarme esa... copia tan original? — rogó Rolando, deseoso de contemplar la espalda de Agata.

Esta no se resistió a ello, para que Rolando leyese el testamento y no la abandonara un solo momento, y fué milagro que el nieto de piratas se contuviera ante aquel divino torso; pero no pudo menos de declararse, para que le fuera permitido besar los labios de la encantadora mujer:

—¿Quiere usted casarse conmigo?

Ella no se hizo de rogar, y entregados a su pasión, no se dieron cuenta de que les quitaban hasta el sofá en que estaban sentados. ¡Estaban en el paraíso!

*
**

Nick, haciendo eses, se presentó ante su señor, interrumpiendo su idilio.

—¡Ya está! — dijo.

—¿Has remojado bien al muñeco? — inquirió Rolando.

—¿Remojado? — Señor, yo entendí que...
¡El muñeco ha muerto!



...apresuráronse a ocultar el cadáver...

—¿Qué dices?

Asustados, apresuráronse a ocultar el cadáver, sacándolo de la caja y volviéndolo a meter dentro, no sabiendo cómo hacerlo desaparecer.

Glicerio, que no estaba muerto, se dejaba hacer; y cuando le arrojaron, dentro de la caja,

a la calle, cayó sobre un *auto* que se hallaba detenido frente a la casa y que también estaba en venta.

Nick, libre al fin de Glicerio, dijo a Rolando:

—No perdamos tiempo, señor, si hemos de ir a bordo.

—Sí, es verdad. Voy a casarme con esta señorita. ¡Pronto, al *auto*, y vuela hacia el "Jasper", Nick!

El ayuda de cámara tomó el volante del coche, sobre cuyo techo cayera la caja conteniendo a Glicerio, y emprendió buena marcha.

Dentro del coche... no quieran ustedes saber lo que ocurría... Promesas... besos... caramelos... ¡la Biblia en esperanto!

De pronto Glicerio salió de la caja y se asomó boca abajo al puesto del chofer.

¡Demonio! ¿Sería verdad que los muertos resucitan?

Valeroso a fuerza de alcohol, Nick, soltando el volante, subió a clavar el muerto en la caja, y el *auto* corrió a su albedrío, amenazando despeñarse en el primer viraje que se presentara.

Entretanto, en el camino por donde debía pasar el coche, unos ladrones asaltaban la ambulancia de correos para apoderarse de una caja conteniendo un tesoro.

Aquéllos iban a consumir su hazaña, cuando vieron llegar el *auto* de Rolando, y gritaron,

viendo a Nick sobre cubierta, agarrado como un cangrejo al borde delantero:

—¡ Los guardias! ¡ Vienen los guardias!

Todos huyeron, y al llegar el coche de Rolando cerca de la ambulancia, se despeñó horrorosamente, salvándose sus ocupantes por verdadero milagro.

Pero la caja conteniendo a Glicerio no se les quitaba de delante.

—La dejaremos en este barranco—dijo Nick.

Abandonaron la caja y los tres, al volver al camino, vieron la ambulancia de correos, y subieron a ella, tomando Rolando el volante y encerrándose Nick dentro, junto a las sacas.

Simultáneamente, los ladrones encontraban en el barranco la caja conteniendo a Glicerio — que era igual a la que había en la ambulancia—, y al abrirla su sorpresa fué grandiosa al no encontrar el tesoro codiciado.

Glicerio se puso en pie de un brinco y dijo:

—Perdón, señores; yo estaba aquí esperando la ocasión de poder lavar la espalda a una joven... Esa joven se la lleva un pirata, al "Jasper", lo he oído bien. Se trata de una gran herencia... Si ustedes me ayudan en mi empresa, nos partiremos las ganancias...

Todos accedieron a ayudarle, y como vieron que el pirata en cuestión, Agata y Nick habían tomado la ambulancia de correos, los persiguie-

ron en otro coche que les deparó la casualidad en la carretera.

Nick vió con asombro que en la camioneta de correos había la caja de Glicerio — pues ignoraba que ésta era otra — y se lo dijo a Rolando.

—La arrojaremos al mar — dijo el pirata.

Al llegar a un puente, el *auto* lo cruzó sin temor, siguiendo las indicaciones de Nick, y como éste tenía la vista turbia, ocurrió que, al aventurarse el coche en terreno peligroso, se hundió el vehículo, salvándose, oportunamente otra vez, sus ocupantes.

—Bueno... — dijo Rolando—. Ha pasado el peligro y la caja ha desaparecido.

Pero ésta flotó y les siguió, deslizándose por el río, durante su carrera hacia el puerto por la orilla de aquél.

Llegados al "Jasper", Rolando y Agata y Nick respirando satisfechos, vieron al capitán del buque, que pescaba con caña esperando mejores tiempos, y los novios le requirieron para casarlos, a falta de sacerdote.

Durante la ceremonia se presentaron los ladrones con Glicerio, y se entabló ruda lucha entre Rolando y Nick y ellos.

Vencieron Rolando y Nick — éste por obra y gracia de la casualidad—; pero nuevos enemigos se preparaban a caer sobre nuestros héroes.

En efecto, el conductor del camión asaltado corrió a avisar a la policía, ésta trasladó el asunto al Ejército, éste a la Marina, y ésta a la Aviación, ¡por tratarse de un asunto nacional!

Y sucedió que cuando más tranquilos estaban Rolando y Agata casándose, cayeron sobre el barco numerosas bombas de los aeroplanos que flotaban sobre él y horadaron los costados los torpedos de la escuadra.

¡Caramba! Aquello se ponía feo.

Una bomba hizo desaparecer a Glicerio, que consiguió a medias borrar la copia del testamento de la espalda de Agata, el cual quedó, afortunadamente, grabado en una puerta blanca, que Rolando arrancó para conservarla, y Nick también desapareció del barco, al disparar un cañón del mismo para contestar a la agresión de la escuadra, no quedando en el buque más que sus botas.

Los torpedos y las bombas menudeaban. Al principio creyó el capitán que eran peces gordos que hacían cabriolas en los costados del buque, pero luego se colocó, dignamente, en el centro del barco, para morir con él.

—Cásenos — díjole Rolando—, contra viento y marea.

Y el capitán los casó pero a punto de terminar, un torpedo se llevó todo el barco menos

un madero suficiente para sostenerlos sobre el agua, casi desnudos, pero ilesos.

—¡Vamos a perecer! — dijo el capitán.

—Es igual — dijo Rolando—. ¡Cásenos de una vez!

Y el capitán los casó...

Y podemos asegurar que, muertos o no, Rolando y Agata subieron a la gloria, donde el sueño del nieto de piratas tuvo buena explicación.

FIN

Próximo número:

La bella desnuda

por Lil Dagover y Gesta Eleman

Postal-regalo: MARIA CASAJUANA

Mañana en *Los Grandes Films*

TEJADOS DE VIDRIO

por MADGE BELLAMY

Esta semana

BEN-HUR

por RAMÓN NOVARRO

¡Éxito sin precedentes!

Número-Almanaque

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

1928